

Guillermo Koenenkampf

Tres capítulos de la infancia

I

¡Infancia, infancia: diez años
abiertos por las colinas!
Infancia, colinas verdes
y colinas amarillas.

Recuerdos rondan y rondan
en cien rondas sucesivas;
se van por la vega abajo,
se van por la loma arriba.

Veguita quieta entre lomas,
y aquella casa pajiza . . .
y montes, montes y montes,
y bien sol o bien neblinas.

Diez años: por los barrancos,
con cuajarones de arcilla

se moldearon, y con alas
azules, de golondrinas.

¡Geografía de mis pasos
escrita con cosas vivas:
por el espejo del tiempo
aun las cosas me miran!

Hoy, que tu acento me llega,
como una flauta escondida,
se humedecen mis recuerdos
en tristezas repentinas.

Oyendo tu voz de entonces
mis huesos se reaniman.
tal si de nuevo bebiesen
la dulce cal de la vida.

II

¡Infancia, me estás mirando
desde tus hondas colinas!
Me estás mirando . . . y te miro,
y el alma se me encandila.

Por caminitos de cerros
bordeados de siemprevivas,
voy recogiendo en mis huellas
mi propia imagen perdida.

Por caminitos de cerros,
que al verme me conocían,
viene mi infancia a buscarme
vestida de nubecita.

Mi madre estará esperando
en el umbral, pensativa;
dispuesto tiene el regazo
que aun mi cuerpo le entibia.

Ahora, estoy en mi casa;
la lámpara está encendida,
y Dios bendice en mis manos
el candel de la familia.

Infancia, ¿bien no recuerdas,
cuando despierta dormías,
y por la puerta del patio
la luna entraba en puntillas?

¡Triscar de niño en las eras
sobre las parvas molidas!
¡triscar, triscar por los cielos
tras de las Siete Cabrillas!

Mis miradas se han quedado
desde entonces suspendidas;
y mis oídos, lo mismo
buscan la voz de María:

«Esta era y ésta no era
una princesa bien linda . . . »
Atiza el fuego, y escucha:
—¿quién dijo que llovería?

Estallaba aquí una tralca
y la princesa se huía,
y arrecia justo en el techo
tropel de caballerías . . .

III

Olor a mate de leche
bajo el parrón. En la cima
de un maitén canta la tenca
anunciándonos visitas.

Será un sábado en la tarde;
será un domingo . . . Unas primas
desgajan sus risas frescas
junto al tranquero de arriba.

(¡Recuerda que son recuerdos,
infancia y no son malicias! . . .).
Yo por los cercos me fuera
pensando en que no me iba . . .

¡Flores de los girasoles,
tan lindas que se veían!
Orgullo de los sandiales
en las mañanas festivas.

Por todas partes el viento
mi mismo nombre fingía,
ya quedo, por las quebradas,
ya silbando, por las cimas.

Un tiempo, los campos verdes,
y lluvias y flores lindas;
después, los «amores secos»
y un rumor de teatinas.

Como en ronda iban las cumbres
o bien como en romería;
bañaban de azul las frentes
y acá en el mar se caían.

¡Camino de tantas vueltas
que hacia el oriente se iba,
bajo mis pies se encogiera
cual si le hicieran cosquillas!

Dormían siestas de fuego
las lomas, al mediodía;
sobre las lomas, las eras,
y lejos, la mar, dormida.

¡Aguada bajo los peumos:
al verme, se sonreían
tus cien ojuelos de luces
y tu ancha boca de risa!

¡Aguada bajo los peumos! . . .
En las ramas renegridas
cantaban tordos cantores
cantares de algarabía.

Absortos por las placetas
los ojos se entristecían,
y a saltos de loma en loma
la tarde coja venía . . .